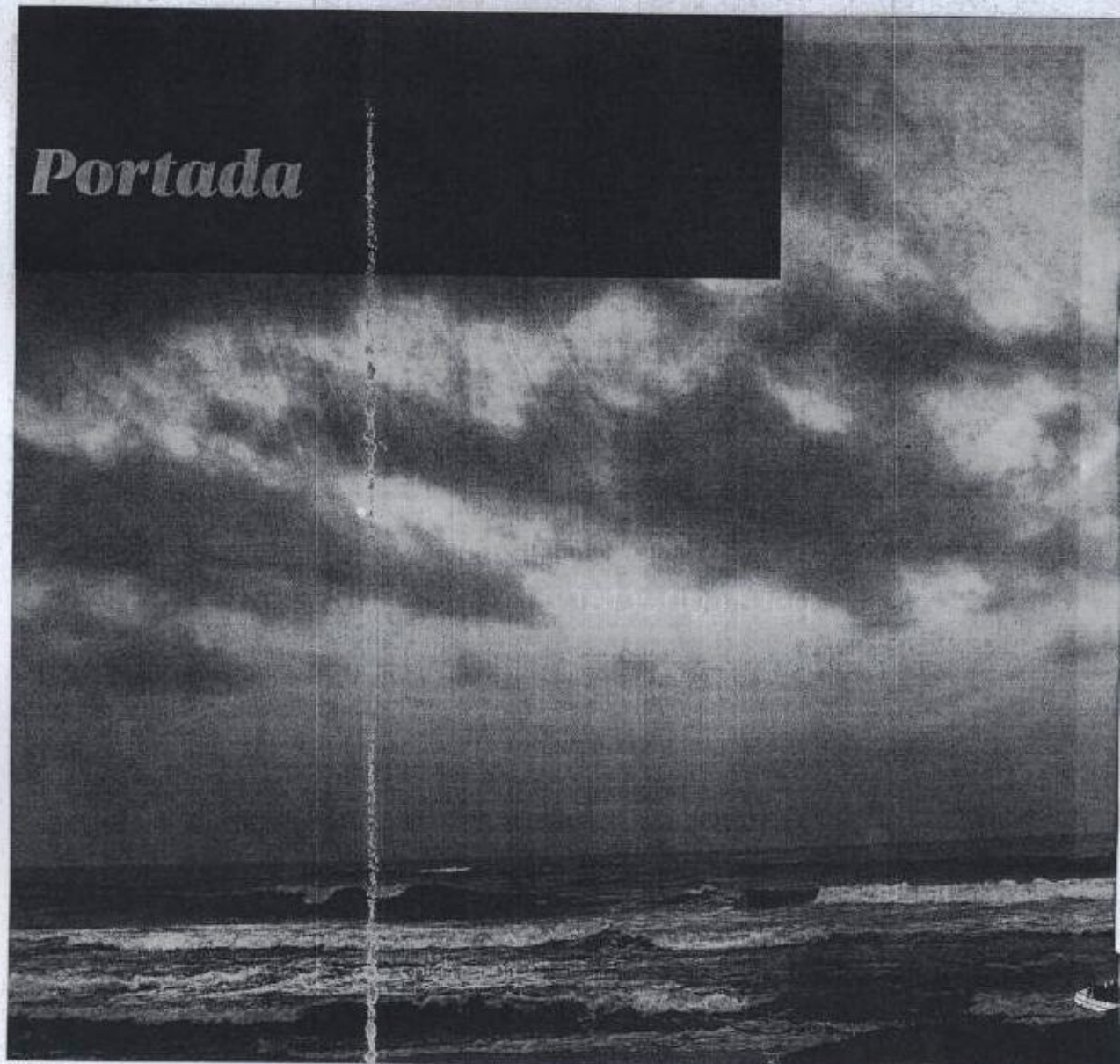


Portada



CONTACTO

«Leer novela negra
es como tocar 'blues'»



«El poder del perro», sobre la conexión mexicana del tráfico de drogas, consagró a Don Winslow como maestro del «thriller». Ahora publica nueva novela y se pregunta: «¿Cómo vivir decentemente en un mundo indecente?»

Por Antonio Fontana

Mientras se ganaba la vida como detective privado, Don Winslow (Nueva York, 1953) combatía el aburrimiento de las largas horas de vigilancia devorando novela negra: Raymond Chandler, John D. MacDonald, Elmore Leonard. Pero fue en el tren suburbano que le llevaba cada día al trabajo donde descubrió que había algo más divertido que la lectura. ¿Por qué no aprovechar aquellos interminables trayectos escribiendo? Con un poco de suerte, tendría listo un capítulo a la ida y otro a la vuelta. Así surgieron sus primeros libros. Hasta que en 1997 *Muerte y vida de Bobby Z* le permitió dedicarse por entero a la literatura. Atrás quedaban oficios de lo más variados: investigador, encargado de un cine, guía de safaris en Kenia, actor.

Su consagración llegó en 2005 con *El poder del perro*, que la crítica saludó como la Gran Novela Americana del Narcotráfico. Tampoco escatimaron elogios los de la profesión y sus alrededores: Ian Rankin, Quentin Tarantino. Incluso James Ellroy se confesó deslumbrado. El autor de *La Dalia Negra* y *L. A. Confidencial* combinó los adjetivos «aterradora» y «triste» para referirse a ella. Páginas «de una intensidad magníficamente sostenida -añadió-. Una visión en miniatura del infierno.» Y por si fuera poco: «La novela más importante sobre el mundo de la droga que jamás se haya escrito».

Desde entonces, Don Winslow ha ido encadenando éxitos: *El invierno de Frankie Machine*, *Salvajes*. Hoy es uno de los maestros del thriller y encarna el relevo generacional de autores como John Le Carré, Frederick Forsyth, Robert Ludlum y el misterioso Rodney Whitaker, quien vivió oculto bajo el seudónimo de Trevanian y en 1979 publicó *Shibumi*, una de las cimas de la novela de espías. A su protagonista, Nicholas Hel, recupera Don Winslow en su última intriga, *Satori*.

«El poder del perro», el título que le dio a conocer en España, es la crónica de la persecución que emprende el agente de la DEA Art Keller tras los pasos de los capos del narcotráfico mexicano Adán y Raúl Barrera: una persecución que dura treinta años. Más de seis tardó en documentarse y escribirlo. ¿Todo un reto?

Hasta el momento es mi novela más ambiciosa: cinco personajes principales, múltiples ubicaciones en varios países diferentes y, como usted ha mencionado, una trama que abarca treinta años. Nunca pretendí escribir un libro de esa envergadura, pero mientras estaba investigando caí en la cuenta de que tenía que contar una historia así de larga para explicar la evolución del narcotráfico y de la denominada guerra contra las drogas. Es imposible entender lo que sucedió en 2001 sin entender 1996. Tampoco podríamos comprender los acontecimientos de 1996 sin saber qué sucedió en 1993, lo que a su vez exigía remontarnos a 1989, y así sucesivamente. Al mismo tiempo, los acontecimientos en México eran inexplicables si ignoramos lo que estaba sucediendo en Estados Unidos, en América Central y en Europa. Por eso el libro no paraba de crecer y se transformó en el monstruo que acabó siendo.

Acaba de apuntarlo: la guerra contra

el narcotráfico es la más larga de todas cuantas ha emprendido Estados Unidos. ¿De qué cree que depende su final?

Hay algunos problemas para los que no hay una buena respuesta, solo respuestas menos malas. La legalización es la respuesta menos mala. Sencillamente tenemos que quitarle al tráfico ilegal de droga los enormes beneficios que genera. La ilegalidad en sí es lo que impulsa los beneficios y los beneficios son lo que impulsa ese horrible nivel de violencia. El modelo criminal/militar -la guerra contra la droga- no ha funcionado. Las drogas son más abundantes, más potentes y más baratas que nunca. Una vez dicho esto, me siento un tanto optimista: los tribunales de la droga, que condenan a quienes la consumen a someterse a un tratamiento en vez de a penas de cárcel, están ganando terreno en Estados Unidos, y al menos podemos mantener una conversación y un debate sobre la política contra las drogas, algo que hace diez años no era posible.

Don Winslow es un apasionado del género negro y de los libros de Raymond Chandler, John D. MacDonald y Elmore Leonard. ¿Qué aprendió de ellos?

Siempre me ha encantado el estilo puro y duro de esos escritores, la forma en que utilizan el idioma, la belleza que dan a las calles. Leer a cualquiera de esos autores en voz alta es como recitar un poema o cantar una canción de blues verdaderamente buena; no es de extrañar que el cine les ponga música de saxofón y trompetas. Leer a cualquiera de ellos es casi un placer físico. Sencillamente, saben escribir bien, y lo que para mí es igual de importante, escriben sobre los bajos fondos de la sociedad, sobre la vida en las sombras, sobre los desamparados, la gente que debe luchar para sobrevivir. La denominada gente guapa no tiene ningún interés para mí, su vida de lujo me trae sin cuidado. Pero los personajes noir siempre se ven obligados a hacerse la pregunta de que cómo vivir decentemente en un mundo indecente. Es un dilema fascinante. Esa es la vida real.

Entre sus obras de cabecera destacan «Ana Karenina», de Tolstói, y «Middlemarch», de George Eliot. ¿De qué manera le marcaron?

Ambas novelas combinan una inteligencia extraordinaria con una compasión igual de extraordinaria. Son agudas y críticas con sus personajes, sin ser paternalistas ni mezquinas. Además, emplean la ficción para hablar sobre ideas -política, moralidad, Historia, religión-, y al mismo tiempo son tan apasionantes que no las puedes dejar de leer. Te mueres de ganas por saber qué le pasa a esa gente, en parte, pienso, porque los autores te han dejado entrar en sus vidas intelectuales y morales. Estas dos novelas también retratan su época y lugar; aprendes mucha Historia y en gran detalle. Por lo demás, me gustan los libros extensos (si no, que le pregunten a mis editores). Antes de dedicarse a la literatura, tuvo miles de oficios. ¿Qué recuerda de su etapa como guía de safaris en Kenia?

Bueno, miles de oficios, no. Pero sí, fui guía de safaris -me apresuro a añadir que eran safaris fotográficos- y me encantaba. (No

En 1997 Trevanian publicó «Shibumi», un clásico de la novela de espías. Don Winslow (a la izquierda) recupera al personaje principal de aquel libro y lo convierte en protagonista de su nueva intriga, «Satori» (Roca Editorial)



Razones para leer



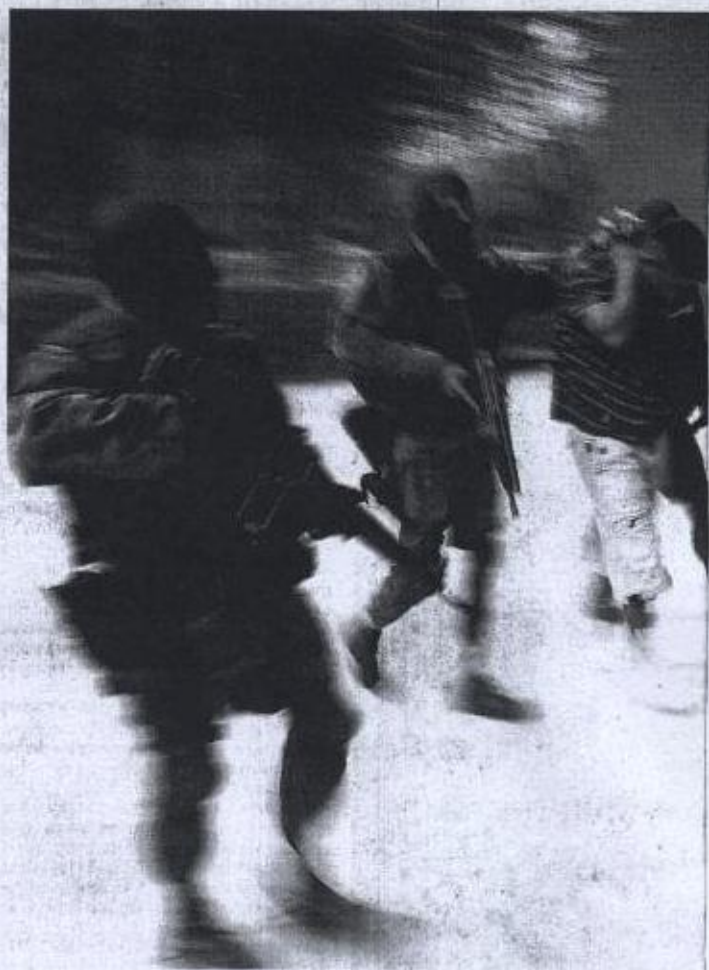
La nueva Familia. Winslow presenta los cárteles de la droga como una nueva Mafia. No es extraño que «El poder del perro» fuera considerado una versión «narco-mex» de «El padrino»



Palabra de Ellroy. El autor de «La Dalia Negra» es un admirador confeso de «El poder del perro». «Una visión en miniatura del Infierno», dijo del libro, al que calificó de aterrador



Máxima furia. La violencia es una de las señas de identidad de la literatura de Don Winslow. Algunas escenas de «El poder del perro» superan en crueldad al cine de Sam Peckinpah



paro de amenazarles con volver.) No había nada que pudiera no gustarte: vivir en tiendas de campaña, comer al aire libre, pasar el día entre elefantes, leones y leopardos, intentar volver con el mismo número de clientes con el que saliste (yo siempre lo hacía). Sencillamente me divertía. Hablando más en serio, creo que nací para ser guía: me encanta enseñar a la gente cosas que a mí me apasionan y ver su entusiasmo. Y creo que esto también forma parte del hecho de ser escritor: quiero que la gente vea cosas que yo he visto... Conservo miles de recuerdos de mis días de safaris. Si tengo que escoger dos, uno sería cuando me declaré a mi mujer en una playa de la isla de Lamu, y el otro cuando le vi a un leopardo, al atardecer, en la reserva Masai Mara, sus increíbles ojos verdes. También fue detective privado. ¿Qué investigaba? De todo, desde malversaciones de fondos hasta homicidios. Empecé como

un tipo de la calle de bajo nivel en Times Square, en Nueva York. Durante un tiempo, mi trabajo era el de cebo, intentando atraer a los atracadores. Más tarde realicé investigaciones sobre incendios provocados, fraudes a las compañías de seguros, espionaje industrial, homicidios involuntarios y casos de asesinato tanto para la defensa como para la acusación (no al mismo tiempo). Usted hizo trabajos de «golden retriever».

¿En qué consistían? Básicamente, en encontrar a gente y devolverla a casa. Se empleaba la expresión *golden retriever* porque éramos como perros a los que ordenan buscar algo. Por suerte, encajaba con mi personalidad: si me lanzan una pelota de tenis, salgo corriendo detrás de ella. Me dedicaba fundamentalmente a

encontrar a adolescentes que se habían fugado, a empresarios que se iban de juerga (casos por lo general relacionados con la bebida), a testigos a los que no les entusiasmaba la perspectiva de tener que declarar. Dirigió obras de Shakespeare en Oxford. De hecho, sus pri-

«ME ESTOY PLANTEANDO ESCRIBIR OTRA OBRA DE TEATRO. QUIZÁ PUEDA MONTARLA EN ESPAÑA»

Mientras se ganaba la vida como detective privado, Don Winslow (Nueva York, 1953) combatía el aburrimiento de las largas horas de vigilancia devorando novela negra: Raymond Chandler, John D. MacDonald, Elmore Leonard. Pero fue en el tren suburbano que le llevaba cada día al trabajo donde descubrió que había algo más divertido que la lectura. ¿Por qué no aprovechar aquellos interminables trayectos escribiendo? Con un poco de suerte, tendría listo un capítulo a la ida y otro a la vuelta. Así surgieron sus primeros libros. Hasta que en 1997 *Muerte y vida de Bobby Z* le permitió dedicarse por entero a la literatura. Atrás quedaban oficios de lo más variados: investigador, encargado de un cine, guía de safaris en Kenia, actor.

Su consagración llegó en 2005 con *El poder del perro*, que la crítica saludó como la Gran Novela Americana del Narcotráfico. Tampoco escatimaron elogios los de la profesión y sus alrededores: Ian Rankin, Quentin Tarantino. Incluso James Ellroy se confesó deslumbrado. El autor de *La Dalia Negra* y *L. A. Confidencial* combinó los adjetivos «aterradora» y «triste» para referirse a ella. Páginas «de una intensidad magníficamente sostenida -añadió-. Una visión en miniatura del infierno.» Y por si fuera poco: «La novela más importante sobre el mundo de la droga que jamás se haya escrito».

Desde entonces, Don Winslow ha ido encadenando éxitos: *El invierno de Frankie Machine*, *Salvajes*. Hoy es uno de los maestros del thriller y encarna el relevo generacional de autores como John Le Carré, Frederick Forsyth, Robert Ludlum y el misterioso Rodney Whitaker, quien vivió oculto bajo el seudónimo de Trevanian y en 1979 publicó *Shibumi*, una de las cimas de la novela de espías. A su protagonista, Nicholai Hel, recupera Don Winslow en su última intriga, *Satori*.

«El poder del perro», el título que le dio a conocer en España, es la crónica de la persecución que emprende el agente de la DEA Art Keller tras los pasos de los capos del narcotráfico mexicano Adán y Raúl Barrera: una persecución que dura treinta años. Más de seis tardó en documentarse y escribirlo. ¿Todo un reto?

Hasta el momento es mi novela más ambiciosa: cinco personajes principales, múltiples ubicaciones en varios países diferentes y, como usted ha mencionado, una trama que abarca treinta años. Nunca pretendí escribir un libro de esa envergadura, pero mientras estaba investigando caí en la cuenta de que tenía que contar una historia así de larga para explicar la evolución del narcotráfico y de la denominada guerra contra las drogas. Es imposible entender lo que sucedió en 2001 sin entender 1996. Tampoco podríamos comprender los acontecimientos de 1996 sin saber qué sucedió en 1993, lo que a su vez exigía remontarnos a 1989, y así sucesivamente. Al mismo tiempo, los acontecimientos en México eran inexplicables si ignoramos lo que estaba sucediendo en Estados Unidos, en América Central y en Europa. Por eso el libro no paraba de crecer y se transformó en el monstruo que acabó siendo.

Acaba de apuntarlo: la guerra contra

el narcotráfico es la más larga de todas cuantas ha emprendido Estados Unidos. ¿De qué cree que depende su final?

Hay algunos problemas para los que no hay una buena respuesta, solo respuestas menos malas. La legalización es la respuesta menos mala. Sencillamente tenemos que quitarle al tráfico ilegal de droga los enormes beneficios que genera. La ilegalidad en sí es lo que impulsa los beneficios y los beneficios son lo que impulsa ese horrible nivel de violencia. El modelo criminal/militar -la guerra contra la droga- no ha funcionado. Las drogas son más abundantes, más potentes y más baratas que nunca. Una vez dicho esto, me siento un tanto optimista: los tribunales de la droga, que condenan a quienes las consumen a someterse a tratamiento en vez de a penas de cárcel, están ganando terreno en Estados Unidos, y al menos podemos mantener una conversación y un debate sobre la política contra las drogas, algo que hace diez años no era posible.

Don Winslow es un apasionado del género negro y de los libros de Raymond Chandler, John D. MacDonald y Elmore Leonard. ¿Qué aprendió de ellos?

Siempre me ha encantado el estilo puro y duro de esos escritores, la forma en que utilizan el idioma, la belleza que dan a las calles. Leer a cualquiera de esos autores en voz alta es como recitar un poema o cantar una canción de blues verdaderamente buena; no es de extrañar que el cine les ponga música de saxofón y trompetas. Leer a cualquiera de ellos es casi un placer físico. Sencillamente, saben escribir bien, y lo que para mí es igual de importante, escriben sobre los bajos fondos de la sociedad, sobre la vida en las sombras, sobre los desamparados, la gente que debe luchar para sobrevivir. La denominada gente guapa no tiene ningún interés para mí, su vida de lujo me trae sin cuidado. Pero los personajes noir siempre se ven obligados a hacerse la pregunta de que cómo vivir decentemente en un mundo indecente. Es un dilema fascinante. Esa es la vida real.

Entre sus obras de cabecera destacan «Ana Karenina», de Tolstói, y «Middlemarch», de George Eliot. ¿De qué manera le marcaron?

Ambas novelas combinan una inteligencia extraordinaria con una compasión igual de extraordinaria. Son agudas y críticas con sus personajes, sin ser paternalistas ni mezquinas. Además, emplean la ficción para hablar sobre ideas -política, moralidad, Historia, religión-, y al mismo tiempo son tan apasionantes que no las puedes dejar de leer. Te mueres de ganas por saber qué le pasa a esa gente, en parte, pienso, porque los autores te han dejado entrar en sus vidas intelectuales y morales. Estas dos novelas también retratan su época y lugar; aprendes mucha Historia y en gran detalle. Por lo demás, me gustan los libros extensos (si no, que le pregunten a mis editores). Antes de dedicarse a la literatura, tuvo miles de oficios. ¿Qué recuerda de su etapa como guía de safaris en Kenia?

Bueno, miles de oficios, no. Pero sí, fui guía de safaris -me apresuro a añadir que eran safaris fotográficos- y me encantaba. (No

En 1997 Trevanian publicó «Shibumi», un clásico de la novela de espías. Don Winslow (a la izquierda) recupera al personaje principal de aquel libro y lo convierte en protagonista de su nueva intriga, «Satori» (Roca Editorial)



«El poder del perro», sobre la conexión mexicana del tráfico de drogas, consagró a Don Winslow como maestro del «thriller». Ahora publica nueva novela y se pregunta: «¿Cómo vivir decentemente en un mundo indecente?»

Por Antonio Fontana